

parte publicadas despues de Grutero, por los referidos Gori y Doni, y de los mármoles boloñeses del conde Carlos Malvasia, de los brescianos de Octavio Rossi, de los aquileeses de Felipe de la Torre, de los romanos de Juan Vignolio, de los veroneses de Maffei, de los del Lacio de Rocco Volpi, de los pesareses de Anibal Olivieri, de los cristianos de Marco Antonio Boldetti y del padre Anton María Lupi.

Muchas inscripciones ó colecciones parciales se han impreso desde aquella época, en especial, desde que han vuelto á estar en boga esta clase de trabajos, y se han podido investigar la Morea redimida, el Egipto y las costas de África.

Sin embargo, todas estas colecciones pertenecen mas bien á la erudicion y á la auticuaria que á la literatura. Para las primeras, una fecha, un nombre son cosa importantísima; la otra no busca sino la belleza de la diction ó del pensamiento, y por eso elige casi solo las que están en verso. De estas últimas se han formado muchas colecciones, desde la del benedictino Feretti en 1672 hasta la del profesor

Bonada en 1751 y 1753, además de las parciales; pero la mas completa y metódica es la *Antología latina* de Pedro Burmann el jóven, impresa en dos tomos en 4<sup>o</sup>, en 1759 y 1773. En el primer tomo están las composiciones pequeñas y los epigramas, en el sentido que mas comunmente se aplica á esta palabra, sacados de manuscritos: el cuarto libro, que ocupa casi todo el tomo segundo, encierra cuatrocientas seis inscripciones, en su mayor parte copiadas de monumentos públicos, y divididas en once clases: 1<sup>a</sup> epitafios de hombres, 2<sup>a</sup> de mujeres, 3<sup>a</sup> de niños, 4<sup>a</sup> de esposas en nombre del marido, 5<sup>a</sup> de maridos en nombre de las viudas, 6<sup>a</sup> de hijos en nombre de los padres, 7<sup>a</sup> de padres en nombre de los hijos, 8<sup>a</sup> de discipulos en nombre de los maestros, 9<sup>a</sup> de libertos ó de esclavos en nombre de los patronos, 10<sup>a</sup> de patronos en nombre de los libertos, 11<sup>a</sup> de animales. Las hay de todas las épocas de la lengua latina hasta el principio de la edad média, con entera exclusion de los posteriores. (Véanse nuestros Documentos de ARQUEOLOGÍA, §. 191.)

## NUM. VI

### LITERATURA LATINA.

SE REFIERE Á LA NARRACION, LIB. V, CAP. XXIV.

#### § 1. SEGUNDA FILÍPICA DE CICERON.

Así como las oraciones *por la corona* son la obra maestra de la elocuencia griega, en mi sentir lo es de la latina la segunda *Filípica*. En esta, lo mismo que en aquellas, el orador tenia que defenderse de acusaciones personales y públicas, por lo cual es muy á propósito para darnos á conocer la índole de Ciceron y la de sus enemigos, y además el estado de la República en aquellos tiempos. De consiguiente, por su importancia literaria é histórica, conendrá que demos aquí su análisis.

Despues que Ciceron hubo pronunciado su primera oracion contra Antonio, este se retiró á su quinta, meditando durante diez y siete dias la respuesta: en seguida se presentó en el Senado, al cual no se habia atrevido á volver Ciceron por miedo á los satélites de su enemigo, y pronunció una terrible invectiva contra él. Ciceron, herido así en lo mas vivo, se defiende en esta arenga, y despues de haberse purificado de las imputaciones, dirige el argumento contra Antonio.

« Extraño destino es ciertamente el mio, padres conscriptos; pues en el término de veinte años ningun enemigo ha tenido la República que no me haya declarado la guerra á mí tambien. Sin necesidad de que os lo recuerde, habéis de ello memoria, y sabéis que me causaron mas disgustos y afanes de los que yo queria. Admirame, Antonio, que no temas el fin de aquellos cuyas acciones imitas. Esto me sorpendia ménos en los otros, ninguno de los cuales fué enemigo mio por eleccion, sino que yo los provoqué movido del bien público. Tú, no ofendido ni con una sola palabra, mostrándote mas audaz que Catilina, mas furibundo que Clodio, me llenaste de injurias, y juzgaste que el enemistarte conmigo te serviria de recomendacion con los perversos. »

Desde el principio rechaza la acusacion de

ingratitude que le habia lanzado Antonio, diciendo que no merecia tal nombre el oponerse á un malvado en beneficio de todos, y que un asesino no podia pretender que se le perdonase por haber dejado de cometer un delito. « Para que comprendiéseis lo que opinaba de su consulado, me echa en cara el mio, mio en palabras, en los hechos vuestro, padres conscriptos. Porque ¿qué determiné, qué hice, qué ejecuté, sino por consejo, autoridad y sentencia del Senado? ; Y tú, tan sabio como elocuente, te has atrevido á vituperar tales cosas en presencia de aquellos por cuyo consejo fueron llevadas á cabo! ; Y ha habido jamas quien reprobase mi consulado, si se exceptúa á Clodio! »

De este modo trata de envolver en su causa á todo el Senado, mientras que constantemente asocia el nombre de Antonio á los de las personas mas aborrecidas. Enumera los muchos ciudadanos ilustres que habian aprobado su manera de obrar. « Pero, ¿á qué mencionarlos uno á uno? Merecí tal aplauso por parte del concurridísimo Senado que no hubo allí quien no me diese gracias como á un padre, quien no declarase que me era deudor de la vida, de la fortuna, de sus hijos, de la salud de la patria; pero, ya que la República ha perdido á los insignes personajes que acabo de nombrar, hablemos de los dos que restan del orden consular. L. Cotta, eminente por su ingenio y su prudencia, decretó con nobilísimas palabras en memoria de las empresas que tú desaprubas una suplicacion, y en ello convinieron los varones consulares y todo el Senado; honor que, desde la fundacion de Roma, no se habia concedido á ningun hombre togado. »

Frente á la gloria de su consulado coloca la vergüenza del de Antonio, infamado por tantos hechos torpes, y se disculpa de haber tomado las armas contra Catilina. « ¿Hay peor locura que la de echar en cara á otros las armas empuñadas en defensa del bien público, tú que las empuñaste para ruina del Estado? Hasta quisiste alguna vez hacer uso de la burla. ; Dioses

de bondad! ¡cuán poca gracia mostraste! Y no es que pudieras haber aprendido de tu mujer, dama de teatro, á manejar el chiste. ¡Cedan las armas á la toga! Si; ¿no cedieron acaso entonces? Pero despues la toga ha tenido que ceder á tus armas. Calcúlese, pues, qué ha sido mejor, ó que á la libertad del pueblo romano cediesen las armas de los perversos, ó que nuestra libertad cediese á tus armas. No te responderé acerca de los versos; solo diré en breve, que tú no conoces ni esos ni ningun otro género de literatura. En cuanto á mí, nunca he desmerecido para con la República, ni para con los amigos; y en todas mis obras he procurado siempre la ventaja de la juventud y del nombre romano.

» Mas esto no es del caso; hay asuntos de mayor importancia. Dices que Clodio fué muerto por consejos míos. ¿Qué pensaría la gente si hubiese perecido cuando tú en el Foro, á la vista de todos, le perseguiste con la espada desnuda, y habrias acabado con él si no se hubiese ocultado bajo los estantes de una librería? Confieso que te favorecí; pero ni aun tú osas decir que te incitase á ello. Á Milon no pude siquiera favorecer, pues habia ejecutado el hecho antes que nadie lo sospechase. ¡Oh! sí, yo le habré inducido... ¡cómo si no bastase á Milon el deseo de ayudar á la República, sin necesidad de instigador! Pero me alegré de la muerte de Clodio, ¿y qué? ¿en medio de la alegría de toda la ciudad, debía yo solo permanecer triste?

» En cuanto á lo que á menudo repites, esto es, que Pompeyo se enemistó con César por mi causa, siendo de consiguiente culpa mia la guerra civil, te has equivocado, no solo en el hecho, sino, lo que es peor, en el tiempo. Yo, durante el consulado del egregio Bibulo, no omití nada á fin de desunir á Pompeyo de César; pero á este le salió mejor la cosa, habiendo conseguido alejar á Pompeyo de mi trato. Despues que Pompeyo se entregó todo á César, ¿me fatigaría en separarle? Esperarlo era necedad, querer persuadirle imprudencia. Sin embargo, ocurrieron dos circunstancias en que insinué algo á Pompeyo contra César, y me alegraría que me reprendieses por ello: una, cuando insté para que no se concediera á César el mando quinquenal; la otra, oponiéndome á que se le permitiera ser candidato al consulado hallándose ausente. Si se hubiese acordado así, no nos encontraríamos ahora en estos apuros. Pero yo mismo, cuando Pompeyo habia entregado ya á César todas sus fuerzas y las del pueblo romano, y empezaba á columbrar lo que hacia tiempo tenia previsto; conociendo que la patria iba á ser víctima de una cruel guerra, no cesé de aconsejar la paz, la concordia; y muchos acogieron mis palabras. ¡Oh Pompeyo! ¡ojalá no hubieses hecho nunca liga con César, ó no la hubieses roto, una vez hecha! Lo primero convenia á tu decoro, lo segundo á tu prudencia. Tales ¡oh Marco Antonio! fueron siempre mis

consejos acerca de Pompeyo y la República; si hubiesen prevalecido, la República se mantendría firme, y tú, con tus maldades, hubieras caído en la pobreza y la infamia.

» Pero estas son cosas viejas: la nueva es la acusacion de haber yo aconsejado el asesinato de César. Temo, ¡oh senadores! que parezca he buscado un acusador fingido, el cual, no solo me adornara con mis glorias, sino tambien con las ajenas. Porque ¿quién ha oido nunca citar mi nombre entre los partícipes de aquel gloriosísimo hecho? ¿Acaso quedó oculto el nombre de alguno de los cómplices? ¿Qué digo oculto? ¿No se divulgaron todos inmediatamente? Mejor diria que algunos se han jactado de haber pertenecido á aquella sociedad, sin que tuviesen de ella conocimiento, que no que haya habido quien se ocultara, siendo realmente uno de sus individuos. ¿Es verosímil que entre tantas personas, unas oscuras, otras jóvenes, pudiese permanecer oculto mi nombre? Si los que libertaron la patria hubiesen necesitado consejeros, ahí estaban los Brutos, cuyas estatuas veían diariamente. Hijos de tales padres ¿debían buscar parecer en otros que en sus mayores? ¿fuera, teniéndolos en casa? ¿Pues qué? ¿C. Casio, procedente de una familia que no digo la dominacion, pero ni siquiera el poder de nadie soportó jamas, necesitaba mi excitacion; él, que aun sin la compañía de esos otros ilustres personajes, hubiera ejecutado el hecho en Cilicia, si la nave hubiese arribado á la playa señalada por él, y no á la opuesta? ¿No habrá impulsado á Gn. Domicio la muerte de su padre, la de su tío, y el que se le despojase de su dignidad? ¿Habré persuadido á Trebacio, al cual ni siquiera hubiera osado hacer una leve indicacion? ¿á él, á quien la República debe tanto mas cuanto que antepuso á la amistad la libertad del pueblo romano, y quiso mas bien destruir la tiranía que participar de ella? ¿Ó me habrá dado oídos L. Cimbro, cuando me sorprendió no poco que hubiese ejecutado tal cosa, y que se acordase de la patria, él, que no se acuerda de los beneficios? ¿Qué diré de los dos Servilios, de los Casca, de los Aala? ¿Los creeréis movidos mas por instigacion mia que por amor á la República? Seria largo mencionar á los demas, y es insigne para la República y glorioso para ellos que hayan sido tantos.

» Pero no se olvide que Antonio con su fina inteligencia me ha echado en cara que Bruto, una vez inmolado César, habia alzado el puñal y pronunciado mi nombre, congratulándose conmigo de que se hubiese recobrado la libertad. ¿Por qué conmigo mas bien que con otro? Porque yo lo sabia. Quizá me nombrase por la circunstancia de que habiendo ejecutado una accion semejante á las que yo habia llevado á cabo, queria que atestiguase que competia conmigo en hechos gloriosos. Pero tú, modelo de necedad, ¿no comprendes que si hay culpa en haber tramado la muerte de César, tambien la

hay en haberse alegrado de ella? ¿Qué diferencia existe entre el que persuade y el que aprueba? ¿ó qué importa que no haya deseado se le inmolase, ó que me alegrase del hecho? ¿Quién, exceptuando los que tenían interes en su dominio, no habria querido que se ejecutase el hecho, ó lo ha desaprobado luego? Todos, pues, son delincuentes, en atencion á que todos los buenos, en cuanto les fué posible, mataron á César; á unos faltó prudencia, á otros valor, á otras la ocasion; voluntad á ninguno.»

Ciceron no pudiera aprobar de un modo mas absoluto la muerte dada á César, y continúa sosteniendo que es preciso elegir entre creer héroes á los conjurados, ó reprobarlos como los peores de los hombres, por haber inmolado al jefe del Estado. Pero la segunda parte no podia admitirse, despues que el Senado de tantas maneras se habia mostrado favorable á los perpetradores de aquel hecho.

«Yo les escribiré, que si se les interroga sobre alguna de las cosas que me imputas, no lo nieguen. Porque ¡oh sumo Jove! ¿Ha habido nada mas grande, mas glorioso, mas recomendado al recuerdo eterno de los hombres, no solo en esta ciudad, sino en todo el mundo? En esta participacion de consejos, como en el caballo troyano, no me opongo á que se me incluya con los principales; antes bien te doy las gracias, sea cualquiera la intencion que te sirve de móvil.

» Despues de haber respondido á las imputaciones mas graves, paso á contestar á las demas. Me has echado en cara el campamento de Pompeyo, y todo aquel tiempo, en el cual, si mi consejo y autoridad hubieran valido, hoy te verias en el último extremo, nosotros seriamos libres, y la República no perdiera tantos capitanes y ejércitos. Confieso que, previendo los sucesos futuros, me atacó la misma melancolia que habria sobrevenido á todo buen ciudadano que hubiera previsto lo que yo. Me traspasaba el corazon, ¡oh padres conscriptos! la idea de que la República, salvada un dia por vuestros consejos y los míos, debiese sucumbir en cortos instantes; ni era tan escasa mi experiencia de las cosas que decayese de ánimo por deseo de una vida que el dolor me arrebatara en caso de conservarla, y cuya pérdida equivalia á verme libre de angustias. Quería, sí, que viviesen aquellos egregios ciudadanos, luz de la República, flor de nobleza y juventud, pues entonces, aun siendo á costa de una paz comprada á precio muy subido (lo que siempre juzgué preferible á la guerra civil), tendríamos hoy todavía la República. Si se hubiera seguido mi dictamen, no me resistieran envalentonados con la confianza de la victoria los mismos por cuya vida miraba, ni tú permanecieras en esta órden, ni tampoco en esta ciudad.

» Pero mis palabras, dicen, me enemistaban con Pompeyo. Ahora bien, ¿á quién amó él mas que á mí? ¿Con quién tuvo mas conversaciones y consultas? Era verdaderamente admirable

que continuasen amigos dos que disentan en el modo de considerar los negocios públicos. Yo veía lo que él pensaba, sucediéndole á él lo mismo respecto de mí; yo atendía primero á la salvacion de los ciudadanos, y luego al decoro, si era posible; él antes al decoro presente; nunca Pompeyo me nombró sino honrándome hasta el punto de decir que yo habia visto mejor que él, y él esperado mejor que yo. ¿Y osas molestarme en nombre de aquel de quien confiesas que yo fui amigo y tu partidario? No hablaré de la guerra, en que fuiste tan afortunado, ni tampoco de las burlas que dices usé en el campamento. Aquel campamento abundaba á la verdad en ideas graves; pero los hombres, aun colocados en situaciones apuradas, si son hombres gustan de recrear de vez en cuando el espíritu, y pues que igualmente me echas en cara la tristeza y los chistes, es señal de que fui moderado en ambas cosas...

» Pero, habiendo contestado ya bastante á las acusaciones, digamos algo del acusador: no todo, pues me conviene reservar alguna cosa nueva, por si hubiere que empeñar otras disputas. ¿Quiéres que empecemos desde la niñez? Paréceme oportuno comenzar por el principio. ¿Te acuerdas de que siendo niño hiciste bancarota? Respondes que la culpa fué de tu padre, lo cual te concedo, en vista del amor filial que encierra semejante defensa; pero fué tu descaro el que te impulsó á sentarte entre los catorce, no obstante asignar la ley Roscia otro puesto á los fallidos, aun siendo por mala fortuna. Tomaste la toga viril, que en breve afeminaste; al principio prostituta vulgar, hasta que Curion te quitó de ese infame tráfico, y como si te hubiese dado la túnica, te tuvo en estable matrimonio. Ningun muchacho comprado para el deleite estuvo á disposicion de su amo tanto como tú á la de Curion. ¿Cuántas veces te echó tu padre de casa? ¿Cuántas apostó guardias para que no pusieses en ella el pié, mientras que tú, favorecido de la noche, estimulado por la lujuria y obligado por la recompensa ofrecida, te habias descolgado por la ventana?»

Y sigue enumerando acciones torpes de Antonio, que infaman á este, no ménos que al pueblo ante el cual un orador grave osaba exponerlas. Luego ataca á Antonio en cuanto á la carrera de los empleos, deteniéndose especialmente en su tribunado.

«Durante este, habiendo César, cuando fué á España, dado la Italia para conculcarla á Antonio, ¿cómo hacia sus viajes? ¿Cómo verificó la visita de los municipios? ¿Cuándo se han oido mayores iniquidades en la tierra, torpezas, infamias semejantes? El tribuno de la plebe era llevado en coche, precedido por lictores laureados, entre los cuales se veía una actriz en litera descubierta. Los municipales que salian por necesidad á recibirlos de los pueblos, no saludaban á esta con el nombre con que se la conocia en el teatro, sino con el de Volunmia,

Una carroza iba llena de rufianes; la madre renegada seguía a la amiga del hijo impuro, como si fuese una nuera. ¡Fecundidad malhadada de la infeliz mujer! Antonio contaminó así todos los municipios, las prefecturas, las colonias, la Italia entera.

» De sus demás hechos es peligroso y lúbrico hablar. Estuvo en la guerra; se hartó de la sangre de ciudadanos que militaban en diversos partidos; fué feliz, si felicidad puede haber en el delito... Con esa gula que te caracteriza, con ese estómago, con esa robustez de gladiador que tienes, bebiste tanto vino en las bodas de Hípias que al día siguiente vomitaste en presencia del pueblo romano...

» Mas para no omitir la más hermosa entre las empresas de Marco Antonio, hablemos de las Lupercales. ¡Oh senadores! no lo disimulas; se muestra conmovido, suda, se pone pálido. ¿Qué defensa puede darse a tanta torpeza? Estaba sentado en los rostros tu colega, vestido de púrpura toga, con la silla de oro y la guirnalda; subiste; te acercaste al asiento, y fuiste *luperco* hasta el punto de olvidarte de que eras cónsul. Mostraste la diadema, y sonó en todo el foro un gemido. ¿De dónde procedía la diadema? Pues no la habías recogido por el camino, sino que la trajiste de casa; así el delito era premeditado. Tú le ceñías la diadema con sentimiento del pueblo, y él la rechazaba con aplauso. Así, pues, solo tú, ¡oh perverso! aconsejando el reino, querías por señor al que tenías por colega. Trataste de ver hasta dónde llegaría la tolerancia del pueblo romano. Imploraste la piedad, y te postraste suplicando ¿el qué? Poder servir. Debieras suplicar por ti únicamente, ya que desde niño has vivido de manera que te es cómodo sufrir cualquier cosa; ni nosotros, ni el pueblo romano te habíamos conferido tal mandato. ¡Insigne elocuencia la tuya cuando arengaste desnudo! ¿Puede darse cosa más torpe? ¿mas digna de cualquier suplicio?

» El día que siguió a la muerte de César; cómo huiste! ¡cómo temblaste! ¡cómo desesperaste de la vida, por la conciencia de los delitos cometidos, cuando la bondad de los que deseaban salvarte, te permitió volver ocultamente a tu casa! ¡Qué verdaderos salieron mis pronósticos de lo porvenir! Yo repetía a los que nos libertaron en el Capitolio, no queriendo dirigirme a ti para exhortarte a la defensa de la República, que hasta temía prometieras cuanto se te pidiera; y que, una vez pasado el miedo, volverías a ser el de antes...

» Faltando a toda fe, invadiste el fundo Casinate de Marco Varrón, persona integérrima. ¿Con qué derecho? ¿Con qué cara? Aleja aquellas espadas que vemos, y oírás que tuvieron diferentes causas la lanza de César, y tu confianza y temeridad. Ahora bien, ¿cuántos días dedicaste a torpes orgías en aquella quinta? Desde la hora tercia se bebía, se jugaba, se vomitaba. ¡Oh infelices casos en tus manos! Varrón

consagró aquella quinta a los estudios, no a la lujuria; ¿y qué cosas se decían, se pensaban y escribían allí? Los derechos del pueblo romano, los monumentos de los antepasados, todo género de sabiduría, de doctrina. Pero, desde que tú la habitaste (sin ser su dueño), resonó con voces de personas ebrias; los pavimentos nadaban en vino, de vino estaban bañadas las paredes; chicos ingenuos venales con meretrices se veían allí entre las madres de familia. »

Llegando luego al término de tantas acusaciones, concluye de este modo: « ¿Responderás a estas inculpaciones? ¿Y qué hallarás en tan larga oración mía a que confies poder contestar? Pero dejemos aparte lo pasado. Defiende, si eres capaz, lo que está sucediendo en este momento en que hablo. ¿Por qué el Senado se mira ceñido de una corona de gente armada? ¿Por qué tus satélites me escuchan con ademán amenazador? ¿Por qué no están abiertas las puertas de la Concordia? ¿Por qué has traído al foro arcos de todas naciones, y especialmente Bárbaros Itureos? Dices que para protegerlo. Pero ¿no es mejor morir mil veces que no poder vivir en la ciudad propia sin centinelas? Mas créelo; aquí se necesita estar protegido por la benevolencia de los ciudadanos, no por las armas. El pueblo romano te arrancará estas, y de cualquier modo que obres con nosotros, mientras uses de tales consejos, creeme, no podrás durar mucho tiempo. Dulce es el nombre de paz, saludable el tenerla; pero entre paz y servidumbre hay gran diferencia. La paz es una libertad tranquila; la servidumbre es el mayor mal de los males, y debe alejarse no solo con la guerra, sino hasta con la muerte. Si nuestros libertadores se sustrajeron de nuestra vista, nos dejaron, sin embargo, el ejemplo del hecho. Ejecutaron lo que ningún otro. Bruto persiguió a Tarquino, el cual fué rey cuando se podía ser rey en Roma; Casio y Melio Spurio, y Marco Manlio, por sospecha de que ambicionaban el reino, fueron inmolados; pero los héroes del Capitolio han sido los primeros en atacar con las espadas, no al que deseaba reinar, sino al que ya reinaba. Hecho por sí mismo insigne y divino, propuesto a la imitación, habiendo conseguido tal gloria que apenas parece poderse contener por el Cielo. Pues aunque en la propia conciencia estuviese el fruto de tal hazaña, con todo no creo que ningún hombre mortal deba despreciar su inmortalidad. Pero si la alabanza no puede inducirte a ejecutar cosas justas, ¿tampoco el miedo te impedirá ejecutar acciones torpísimas? ¿no temes los juicios? Si es por inocencia, mereces mi elogio; si por la violencia, ¿no comprendes lo que amenaza al que de tal modo se rie de los juicios? Pues si no temes a los esforzados y egregios ciudadanos que alejas de ti por medio de las armas, tus mismos parciales, créeme, no te soportarán largo tiempo. Ahora bien, ¿te parece gustoso vivir teniendo noche y día los males que pueden causarte los tuyos? ¿A no ser que los ligases

a ti con beneficios más que César a los que le inmolaron, si es que en algo pudieses compararte a él. César tenía ingenio, juicio, memoria, literatura, atención, meditación, diligencia; ejecutó empresas calamitosas para la República, pero grandes; meditó muchos años reinar; efectuó su pensamiento a costa de gran fatiga y de grandes peligros; se atrajo a la ignorante multitud con espectáculos, monumentos, donativos y banquetes; a los suyos distribuía premios, a los contrarios les hacía esperar clemencia; acostumbró una ciudad, en otro tiempo libre, a la servidumbre, parte con el temor, parte con la paciencia. Eres comparable a él en el ansia de reinar, mas no en ninguna otra cosa. Entre los muchos males que causó a la República, resultó a esta un bien, pues enseñó al pueblo romano hasta qué punto debe confiar en un individuo, en manos de quién le conviene depositar su suerte, de quién le conviene guardarse. ¿No piensas en nada de esto? ¿No comprendes que a los hombres esforzados basta haber aprendido cuán hermoso, cuán digno de gratitud y de gloria es inmolar a un tirano? Y los que mataron a César, te soportarían a ti? De hoy en adelante, vive seguro de ello, se correrá a porfía por tan honrosa senda, sin esperar la ocasión.

» Una vez siquiera ten consideración a la República. ¡Oh Marco Antonio! piensa de quién has nacido, no con quién vives: dispon de mí lo que quieras; pero sé amigo de la República. En cuanto a mí, habiéndola defendido cuando era joven, no la abandonaré ahora que soy viejo, y ya que desprecié las espadas de Catilina, no me asustarán las tuyas. Antes bien con gusto sacrificaría mi vida, si entendiera que muriendo yo se reanimaría la libertad de Roma. Pues si hace veinte años aseguré en este mismo templo que no podía ser prematura la muerte de un varón consular, ¿con cuánta mayor razón lo diré de un viejo? Además de que, padres conscriptos, a mí especialmente me conviene desear la muerte, después de terminadas las cosas a que di feliz cima. Mi único deseo al morir será dejar libre al pueblo romano; los dioses inmortales no pudieran darme nada superior a esto; alcanzado lo cual, que cada uno sea tratado según sus méritos para con la República. »

## § 2. LUCANO.

Uno de los trozos más elogiados de la *Farsalia* es el siguiente que refiere el paso del Rubicon:

Ya César a los Alpes se adelanta,  
Contrario a Italia, ya en su pecho oculto,  
Es tempestad y golfo empresa tanta,  
Y el alma inunda en militar tumulto:  
Tocando al Rubicon su altiva planta,  
Con ejército fiel vió en sitio inculato

Y en sombras mudas, que la frente asoma  
Horrída imágen la funesta Roma.  
Adornos viste lúgubres, sencillos,  
Cándida la melena y desgrefñada,  
Que coronan murallas y castillos:  
Luego exclama terrible y perturbada:  
« ¿Adónde ¡oh vos, de la impiedad caudillos!  
Volvéis mi insignia, mi rigor, mi espada?  
Pueblo romano, os reconozca en esta  
Ribera que pisáis, y no en la opuesta.  
« Al que armado me busca, el cristal puro  
Le excluye destos márgenes estrechos,  
Pues nadie aquí adelanta el pié seguro  
Sin romper leyes y ultrajar derechos:  
Ya cuanto más te acercas a mi muro,  
Atento César a ensanchar tus hechos,  
Me pierdes más y encuentras en mis brazos  
Lanzas por cetros, por coronas lazos. »  
El estupendo asalto inopinado  
Turbó al guerrero, congeló su ardiente  
Sangre en heladas fibras, y erizado  
Surtió el cabello en la cesárea frente;  
Sin profanar el márgen venerado,  
En sus afectos vaciló abstinente,  
Hasta que ya, cual ciudadano, ó hijo,  
A Roma vuelto y a sus dioses dijo:  
« ¡Oh tú, que en el altar Capitolino  
Eres, Jove, presidio a los Romanos!  
¡Oh vos, Penates del que a Italia vino,  
Donde a los Julios sucedió Troyanos!  
¡Oh nuestro númen, Rómulo Quirino!  
¡Oh tú, que en los alcázares albanos  
Duplicas templo, oh Venerable Vesta,  
Por quien la llama se eterniza honesta!  
¡Oh Roma, por deidad ya graduada!  
Tu honor buscan pacíficas mis greyes;  
Soy tu lealtad, y lo será mi espada;  
A ilustrar vengo, no a ultrajar tus leyes:  
Rindo a tus piés mi frente coronada  
Con las diademas de sujetos reyes;  
El que agraviare enemistad conmigo,  
Este solo es tu agravio, es tu enemigo. »  
Dijo, y ciñendo el corazón lo ardiente,  
Mal contenido en límites de humano,  
Rompió la guerra a un tiempo y la corriente,  
Por ilícitos rumbos soberano:  
En desiertos así del Asia ausente  
Divertido león, si armada mano  
Contraría advierte, incierto se retira,  
Coligiendo feroz toda la ira.  
Mas cuando ya de estímulos herido,  
Con propio azote, y erizadas greñas,  
Fuego exaltando en íntimo bramido,  
Encendió el aire, estremeció las peñas;  
Aunque a su frente asalte el prevenido  
Escuadrón máuro que alojó en las breñas,  
Y aunque mil astas le acometan juntas,  
Se precipita a devorar las puntas.

(Traducción de JAUREGUI.)

¿Qué mezquina invención es esta? ¿Es que se trata de un espectro, cuya imágen tiene poder en medio de tantas ambiciones? No se estaba